

Presentación en foro de la Universidad Tecnológica sobre superación de la Pobreza

Padre Rafael Castillo Torres

Introducción

A la humanidad se le plantean muchas cuestiones en este momento, pero, sin duda, hay algo que pesa más que todo lo demás. Lo más grave, lo más urgente. ¿De qué se trata? El siglo XX ha sido el siglo más violento de toda la historia de la humanidad. Hasta tal extremo que resulta sencillamente imposible calcular, de manera más o menos aproximada, los millones de muertos que han causado las dos guerras mundiales y los cientos de otras guerras que han arrasado y siguen arrasando a pueblos enteros. Pero la violencia más aterradora del pasado siglo y de este milenio que apenas comienza ni ha sido, ni es, la violencia de la guerra. La violencia mayor, la que más muertos ha costado, la que sigue destruyendo más vidas humanas, es la violencia que resulta de la economía, concretamente, la economía del mercado neoliberal, tal como está organizado y tal como está organizado y tal como funciona de hecho.

No es una exageración, ni una afirmación gratuita. Se sabe que en la actualidad se produce un 10% más de los alimentos que necesitamos para vivir toda la humanidad y, sin embargo, mueren de hambre 35.000 niños cada día. Y los adultos que pierden la vida, como consecuencia de la desnutrición, son, por lo menos, otros tantos. O sea, la economía está "organizada" de tal manera que produce, cada veinticuatro horas, por lo menos 70.000 muertos. Que nosotros sepamos, no ha habido guerra que se acerque, ni de lejos, a semejante crueldad. Y lo peor es que estas cifras van en aumento, porque cada año que pasa hay más pobres, que son cada vez más pobres.

En efecto, según el Informe sobre Desarrollo Humano (1999) de las Naciones Unidas, el fenómeno más importante que se está produciendo en la economía mundial es la "creciente concentración de la riqueza en menos países y, dentro de esos países, progresivamente en menos personas. De manera que la distancia entre ricos y pobres es cada año mayor. Son datos de la ONU, tal como estaban las cosas en 1999. hoy seguramente están peor.

¿Puede tener futuro un mundo así? ¿Cómo tendría que organizarse y funcionar la economía, si es que realmente ha de responder, con honestidad y coherencia, a lo que está pasando en el mundo ahora mismo?

Hablar de los pobres y de la pobreza no es, pues, "una cuestión de tantas". Es, sin duda, la cuestión más urgente y más profunda que tiene planteada la humanidad, y que deben plantearse, con decisión y honestidad, los estados, las organizaciones internacionales y todo ser humano que tenga un poco de sensibilidad.

¿Estamos ante una nueva conceptualización de la pobreza?

Las transformaciones de la estructura productiva que se han dado en estos últimos tiempos por obra de los avances tecnológicos e informáticos, así como por la creciente importancia del capital financiero especulativo en la creación de la riqueza, parecerían postular una revisión del concepto mismo de pobreza.

Para algunos economistas -y hasta para algunos teólogos- hoy sería sobretodo la tecnología quien crea riqueza, pues la mano de obra ya no es tan necesaria (por la automatización y robotización) y las materias primas son sustituidas por productos sintéticos. Estas ventajas comparativas clásicas de los países pobres perdieron su valor; el primer mundo ya no necesita

explotar -ni siquiera como cliente- al tercero; de éste ahora, sencillamente, se prescinde, es tenido por sobrante, y queda excluido.

Según esta visión, la pobreza ya no sería el fruto del empobrecimiento activo que los poderosos ejercen sobre los pobres, sino una simple fatalidad de éstos, abandonados a sí mismos y responsables ya únicos de su propia pobreza. La "explotación", -la plusvalía obtenida sobre el trabajo humano- cede paso a la exclusión y pasaría a ser un concepto obsoleto, sin base real en la actual fase del proceso productivo.

Esto que parecería una simple constatación de los hechos socioeconómicos, encierra consecuencias muy serias, a dos niveles:

a) Socioanalíticamente, la pobreza dejaría de ser imputable a la riqueza para convertirse en una realidad autónoma. Pobreza y riqueza ya no tendrían entre sí relación causal (hay pobres "porque" hay ricos) sino casual (hay pobres "y" ricos), de simple yuxtaposición inocente. La pobreza y la miseria no serían ya la prueba de la maldad e insuficiencia radical del sistema, sino un subproducto necesario, inevitable, del que no brotaría por tanto ningún imperativo de transformación del sistema. Llegaríamos así a una nueva edición -corregida y profundizada- del análisis funcionalista de la realidad.

b) Desde una perspectiva ético-moral, la riqueza no sería ya culpable de la pobreza; ésta, a su vez, no sería en sí misma algo malo, sino una especie de fenómeno cuasinatural, no imputable a la voluntad humana, inocente, incluso permitido/querido por Dios... Pobreza y miseria serían objeto propio de la caridad, no de la justicia; no un desafío de justicia, sino una invitación a la beneficencia. Por ello mismo la erradicación de la pobreza sería un compromiso cristiano lateral, una obra de misericordia sin relación directa esencial a lo central humano y cristiano.

No cabe duda de que esta reconceptualización de la pobreza es funcional al sistema neoliberal por cuanto lo excusa de lo que histórica y actualmente es su efecto más clamoroso, el agravamiento de la pobreza en el mundo. Desde esta perspectiva la superación del sistema queda fuera de consideración; se trataría, simplemente, de introducir algunas mejoras o reformas, que de hecho vendría a consolidarlo.

¿Es posible la erradicación de la pobreza?

La nueva dogmática económica habla del desempleo como una crisis mundial de largo plazo, estructural, con la que nos hemos de acostumbrar a convivir, sin solución. La dinámica interna de los mercados lleva por sí misma a la concentración de la riqueza y a la exclusión de los débiles y pequeños, y no sería posible alterar esta dinámica, se dice. Lo que hay que hacer es acomodarse al mercado: ajustar la población del mundo a las posibilidades que el mercado da y eliminar la población sobrante.

La erradicación de la pobreza -en esta visión-, no sería siquiera planteable. Los intentos por solucionar la pobreza ya se hicieron en las décadas pasadas y fracasaron -se dice-; hemos llegado al "final de la historia", y ya no hay que esperar sino "más de los mismo": capitalismo puro y duro, neoliberalismo triunfante. Es el clásico *extra mercede ... nulla salus*. Fuera del mercado no hay salvación.

Para una mayor limpieza de la argumentación teológica, vamos a prescindir -metodológicamente- de la seguridad que tenemos sobre la relación causal entre pobreza y riqueza; pensemos por un momento que no existiera esa causalidad.

La pobreza y la miseria son siempre una realidad pecaminosa. No sólo cuando la pobreza (empobrecimiento) de unos es subproducto de la riqueza (enriquecimiento) de otros (ricos "a costa de") pobres, teoría de la dependencia), sino incluso en el supuesto de que así no fuese.

Es decir, también en el caso de una relación no causal entre pobreza y riqueza, ésta es pecaminosa. La parábola de Lázaro es clara en no atribuir al rico ninguna relación causal hacia la pobreza de Lázaro (no era su patrón ni su explotador; Lázaro simplemente co-existía junto a él, al margen suyo, marginado, excluido). Pero la parábola no duda en atribuirle una responsabilidad sobre el pobre, cuya no aceptación le acarrea la condenación divina: "se murió el rico y lo enterraron, y estando en el abismo, en medio de los tormentos..." (Lc 16,23). Como dirá después un santo Padre explicitando esta intuición del Evangelio: es que "no pueden vivir juntos un pobre y un justo"; si es justo, compartirá sus bienes, y dejará de haber un miserable. sólo un injusto puede convivir con la pobreza y la miseria.

La parábola ha de ser aplicada a las relaciones internacionales: no puede existir un primer mundo justo frente a un tercer mundo sumido en la miseria; si fuera un primer mundo "justo" compartiría y erradicaría la miseria y la pobreza.

Subrayemos:

1. La pobreza y la miseria son realidades socialmente pecaminosas siempre, aunque no hubiera relación causal con la riqueza (!cuánto más al haberla!)
2. El justo supera la pobreza del hermano con su amor-justicia siempre, aunque estuviera en un sistema socioeconómico que no encontrase fórmulas socioeconómicas técnicas para superar la pobreza; el amor y la justicia, compartiendo, siempre superan la pobreza y la miseria.
3. Este principio es para nosotros místico y utópico. No lo basamos en "certezas científicas económicas", sino en opciones utópicas y evangélicas. Nos negamos a doblegar nuestra fe en Dios y en el ser humano (en su capacidad para superar la pobreza y la miseria) en base a supuestas comprobaciones científicas socioeconómicas que están a su vez embebidas de (otra) mística y de un claro componente antiutópico. No tenemos miedo de negar nuestra obediencia a los nuevos dogmas religiosos científicos-económicos, al fundamentalismo religioso del mercado. Respetamos la autonomía de la ciencia; pero no nos deslumbramos antes sus afirmaciones como si estuviéramos en el iluminismo ilustrado y no hubiéramos pasado todavía por la era de la crítica y la purificación de la hermenéutica.

Así, el anuncio de la erradicación de la pobreza y la miseria no son algo lateral, un compromiso facultativo, una consecuencia de segundo grado... sino algo vinculado directamente al anuncio central de la Buena Noticia de Jesús. sólo un cristianismo que haya desmesianizado a Jesús - algo por lo demás muy frecuente en el primer mundo y en muchas mentes neoliberalmente colonizadas del tercer mundo- puede pensar que la erradicación de la pobreza sea un tema simplemente ético-moral y no teológico-dogmático.